

José Marzo

# Noticias del fin del mundo

ACVF EDITORIAL  
MADRID

*Diseño de la colección:*

*La Vieja Factoría*

*Ilustración de cubierta: «Modificación gráfica de la página 8 del diario El País del 10 de julio de 2014», a cargo de José Marzo.*

*Lectura de prepublicación:*

*Lola Coya*

*Primera edición en ACVF:   diciembre de 2015 (ebook)*  
*diciembre de 2014 (libro)*

© José Marzo, 2014

© ACVF EDITORIAL, 2014

[www.acvf.es](http://www.acvf.es)

ISBN: 978-1505703399

Impresión digital bajo demanda. También disponible en *eBook*

# Noticias del fin del mundo



Hoy era jueves 10 de julio de 2014. La temperatura, que no había superado los 28 grados en toda la jornada, resultaba inusualmente fresca para una tarde de verano en Madrid.

De regreso del trabajo, Guillermo entró en un supermercado y compró pepinillos y cebollitas en vinagre, un pollo asado envasado al vacío, una botella de tinto de Rioja y unos bombones de la Caja Roja, los preferidos de Lidia. Al llegar a su portal, recordó que por la mañana, durante el desayuno en una cafetería cercana al trabajo, un compañero le había interrumpido mientras leía en el periódico un artículo sobre Brasil. Se sentó a su mesa, enfrente de él, y le estuvo hablando de su hija, que este año había completado la carrera de economía con buenas notas. Su compañero, un hombre sencillo, estaba orgulloso: su hija era el primer miembro de la familia en obtener un título universitario.

Guillermo volvió a cruzar la calle de Alcalá, a zancadas, y se dirigió al kiosco de prensa que había junto a la boca de metro de Pueblo Nuevo. En una mano llevaba la bolsa del supermercado, y con la otra agarraba por el cuello la chaqueta americana, colgada al hombro. Una mancha de sudor asomaba en el sobaco de la camisa. Estuvo un rato ojeando las portadas de los periódicos y revistas. Además de un ejemplar del diario *El País*, compró una revista de historia que incluía un vídeo sobre los fenicios. No le interesaba particularmente la historia de los fenicios, no más de lo que podía interesarle la exploración espacial o los avances en medicina. Le había gustado la portada de la revista, el dibujo de una nave fenicia, con velas a franjas y largos remos.

Dejó la bolsa de la compra del supermercado en el suelo de la cocina, junto al frigorífico, y arrojó la chaqueta sobre la cama del dormitorio. De pronto, fue consciente de que estaba silbando una canción pop. No recordaba en qué momento ni dónde la había escuchado. Se le había pegado la melodía y la había llevado en la mente toda la jornada. Era alegre y desenfadada. Se sentó en el sofá, desplegó el periódico y buscó directamente la página ocho, en la sección de Internacional.

El artículo se hacía eco de la derrota, dos días antes, de la selección de Brasil, anfitriona

del mundial de fútbol, ante la alemana. Perder el partido entraba dentro de lo posible; hacerlo por siete goles a uno... entraba de lleno en el terreno de la vergüenza. Había una foto de dos espectadoras brasileñas. Una se tapaba los ojos con las manos, la otra miraba hacia arriba, donde debía de estar el marcador del estadio, y se tapaba la boca. Se habían convertido sin pretenderlo en la imagen de la humillación. Él había estado en Brasil diez años antes, de viaje de novios. Aunque lo atracaron a punta de pistola en la misma playa de Copacabana, en Río de Janeiro, para quitarle el teléfono móvil y el dinero en metálico, regresó a Europa con la deliciosa sensación de haber pisado un mundo diferente. El sol y el mar, la vegetación, los rascacielos y las chabolas, todo parecía acompañar la violenta energía de las gentes. El artículo no se centraba en el resultado deportivo, sino en sus consecuencias económicas y políticas. Un analista vaticinaba un castigo para la presidenta Rousseff en las siguientes elecciones presidenciales; otro, por el contrario, sostenía que, felizmente, se había acabado la identidad de país y estadio. Esa catarsis tardaría en producirse: otra foto mostraba los autobuses quemados en los disturbios de Sao Paulo tras la derrota de la selección.

Pero Guillermo tenía ahora en la mente la incómoda imagen de la chaqueta arrugada sobre

la cama. Era como si, sobre las fotografías de las dos espectadoras brasileñas y de los autobuses quemados, se hubiera proyectado, primero débilmente, una fotografía del dormitorio. El contorno del cabecero de la cama, la almohada, el bulto de la chaqueta, se habían ido definiendo más y más, hasta desdibujar la página del periódico.

Acababa de recoger la chaqueta y se disponía a colgarla en una percha en el armario, cuando, al otro extremo del apartamento, sonó el zumbido apagado del portero automático.

Al descolgar el auricular, oyó, distorsionada por el aparato, la voz de Lidia, que preguntó por él. Guillermo le indicó que tomara el ascensor y añadió: «Cuarto izquierda». Luego pulsó para abrir el portal. Acechó por la mirilla la llegada de Lidia. Casi contó los segundos. No quería que Lidia tocara el timbre de la puerta; sonaba como una campana, estridente, y retumbaba por las escaleras del vecindario; tenía que acordarse de desmontarlo para disminuir el volumen. En cuanto el ascensor llegó a la planta y la silueta de Lidia apareció en el rellano, Guillermo abrió la puerta.

Aún llevaba puestas las gafas de sol, pero sus labios sonreían. Guillermo, sin una palabra y con un gesto histriónico, de portero de palacio, le indicó que pasara al apartamento y luego cerró la puerta a sus espaldas. La encontró hermosa. Calzaba zapatos



de tacón. Sostenía en la mano un bolso claro, además de una bolsa de El Corte Inglés. Su vestido era sencillo, de color crema, con la falda hasta las rodillas, y de tirantes, dejando libres unos hombros firmes y dorados. Quiso besarla allí mismo, en el vestíbulo, y, tomándola de la cintura, la atrajo hacia sí. Buscó sus labios, pero Lidia apartó la cara.

—¿Ésta es tu nueva casa? —dijo, deshaciéndose del abrazo y alejándose unos pasos, hacia el salón.

Lidia se detuvo en medio de la pieza y miró alrededor. Ni siquiera entonces se quitó las gafas de sol. Guillermo la siguió, confundido y con paso torpe. El salón era la pieza más grande del apartamento. Pero aparentaba ser aún mayor por el hecho de no tener más muebles que, a un extremo, el sofá y la mesa de té, y, al otro, una licorera. Este mueble de metal, estilo psicodelia de los años sesenta, de patas y panza curvas, chocaba con el sofá nuevo, de asientos y respaldo mullidos. Las paredes estaban desnudas. No había cortinas, pero unos visillos claros cubrían las ventanas. Una sola lámpara, ahora apagada, colgaba del techo. No era propiamente una lámpara. Un par de días antes, Guillermo había comprado uno de aquellos globos chinos de papel para vestir la única bombilla del salón.

Lidia, que había tocado un instante la licorera, se frotó luego los dedos.

—Está limpio —dijo.

Guillermo se acercó a ella por la espalda y la abrazó. La besó en el hombro, en el cuello, le acarició la cintura. Cuando Lidia alzó la barbilla hacia él, la imaginó con los labios entreabiertos. La fue girando hasta colocarla frente a él y, despacio, le quitó las gafas. Tenía los ojos cerrados. Buscó de nuevo sus labios y, ahora, Lidia sí aceptó que la besara. Fue un instante. Permitió el beso, pero no correspondió al abrazo, y, apenas sus lenguas se tocaron, ella se apartó con brusquedad.

—No sigas. He aceptado venir a verte sólo para decirte que ésta es nuestra última tarde juntos.